



MENSAJE A LAS JORNADAS DE PASTORAL JUVENIL VOCACIONAL

Madrid, 4-6 de noviembre de 2022

Queridos amigos:

Un saludo muy cordial a los participantes en las Jornadas de Pastoral Juvenil Vocacional, que celebran su 50 aniversario. Me hubiera gustado haber podido acompañaros físicamente, pero lo hacen imposible los compromisos asumidos con anterioridad y el aumento de las ocupaciones relacionadas con el proceso sinodal. Os envío este mensaje, escrito no de forma rutinaria, sino con el cariño de un hermano y, siempre, desde el corazón.

Creo que no es el momento de hacer grandes discursos, sino de comunicar experiencias. Yo solo puedo decir que soy feliz como religioso y sacerdote. Me encanta. Y doy gracias al Señor cada día por haberme llamado, sin fijarse en mis méritos o mis capacidades, sin detenerse ante mi fragilidad o mi insuficiencia. Esto es verdaderamente maravilloso. La historia de mi vida es, sin duda alguna, una historia de amor: gratuito y transformante por parte de Cristo Jesús; limitado y débil por mi parte, aunque (y lo digo con humildad y casi temblando) creo que también verdadero. Sí: él llena de luz mi vida, le da sentido, y la abre al entusiasmo y a la alegría. Esta es mi experiencia y quiero compartirla con vosotros que, ciertamente, sois mis hermanos y hermanas. Me gustaría que otros muchos participaran conmigo en esta aventura: la de caminar juntos, la de conocer más a Jesús y experimentar la fuerza del Resucitado, que hace nuevas todas las cosas (cf. Ap 21,5), la de llevar su Buena Noticia, a todos los ángulos oscuros de nuestro mundo a todas las personas que sufren, que no se sienten amadas, que no encuentran sentido, que no son felices. Desearía gritar con mi voz, con mi actitud, con mi vida: ¡solo él tiene palabras de vida eterna! (cf. Jn 6,68). Queridos amigos, la mejor Pastoral Vocacional es el propio testimonio.

El hermoso lema de estas Jornadas está tomado de la Carta a los Filipenses: “Lanzándome hacia lo que está por delante” (Flp 3,13). Aquí encontramos expresado el impulso dinámico de la fe. Efectivamente, si pones tu vida en las manos del Señor, él te toma la palabra y te saca de tus seguridades, de tu zona de confort, de tus rutinas; en definitiva, de tu miseria. Y te hace ser testigo de un mundo nuevo, de otro modo de ser y de existir; te hace ser testigo de su amor. Este dinamismo es un impulso de vida en medio de una cultura, tantas veces, de muerte. Y nos abre así a la esperanza.

La Pastoral Vocacional, ciertamente, se integra en la amplia Pastoral Juvenil. Y aquí encontramos un gran reto. Muchas de las síntesis que hemos recibido en la Secretaría del Sínodo se refieren a la creciente ausencia de los jóvenes en la Iglesia y a la dificultad que encuentran para implicarse en ella. No se sienten en su casa. Esta realidad pide de nosotros una respuesta concreta, que pasa por tres premisas:

- *Coherencia*. No se trata de “aguar” las exigencias de la fe, ni de caer en el moralismo o el intelectualismo. El Evangelio es vida. Y nos exige coherencia. No es posible vivirlo de forma

mediocre, anodina, cómoda, en versión “light”. El Evangelio presenta una alternativa nueva, que solo será creíble si la ven encarnada en nuestra vida. Y Cristo no es políticamente correcto.

- *Comunicación.* Hay que salir a encontrar a los jóvenes (y no me refiero solo a salir físicamente, aunque también). A veces da la impresión de que estamos todavía en una Pastoral propia de hace 25 años (el año 2000 ha quedado ya muy atrás), respondiendo a preguntas que nadie se hace y utilizando un lenguaje que nadie comprende. ¿Cuáles son los lenguajes de hoy? Por ejemplo, un gran descubrimiento en el proceso sinodal ha sido todo lo relacionado con el “continente digital”.
- *Corresponsabilidad.* Resulta fundamental confiar en los jóvenes y reconocer su protagonismo. ¿Acaso nos dan miedo? ¿Nos molestan? Una Pastoral Juvenil y Vocacional para los jóvenes, pero sin ellos está condenada al fracaso. Solo con ellos es posible avanzar. Es tiempo de reducir las distancias, sean generacionales, ideológicas o culturales. Y digo “distancias” y no “diferencias”. Las diferencias deben enriquecer, y nunca enfrentar ni aislar. Caminamos juntos. Se trata, por tanto, de acompañar sin imponer, apoyar sin asfixiar, orientar sin gobernar, respetar sin abandonar. ¿Cómo hacerlo en la práctica? Es lo que debemos buscar entre todos, escuchando al Espíritu Santo.

Permitidme que comparta con vosotros un convencimiento profundamente arraigado. Resulta imprescindible y urgente cuidar la dimensión orante. En nuestros encuentros, ponencias y reuniones de grupos cristianos, y más si son vocacionales, solemos hacer la acostumbrada oración al principio o al final del encuentro. En ocasiones de forma rápida y rutinaria. No nos engañemos. No es eso: recitar con la boca cuando el corazón está lejos, leer un texto cuando no está implicada la vida, pensar que hacemos oración comunitaria cuando no experimentamos la fraternidad. Todo nuestro encuentro, todo él, debe desarrollarse en un clima de oración y de escucha al Espíritu y no solo de forma ficticia o como mucho puntual. ¿Es difícil? ¿No sabemos cómo hacerlo? Aquí se abre un espacio para la reforma...

Se nos llama a caminar juntos; pero de verdad, con valentía. Una de las imágenes más hermosas de la Iglesia es la que la define como Familia de Dios (cf. Ef 2,19). Superemos las fronteras, derribemos los muros. La vocación cristiana es fuente de igualdad porque se realiza incorporándonos a Cristo. No se puede seguir al Señor Jesús sin participar en él, sin ser comunidad; más aún: sin ser comunión. Y desde él, constitutivamente, nos orientamos al servicio, entendido siempre como donación amor. La vocación cristiana se resuelve en las vocaciones específicas (laical, religiosa, sacerdotal), en las que el punto de partida es siempre la llamada del Señor. No somos nosotros los que elegimos, sino los que respondemos; no quienes nos promocionamos, sino quienes somos enviados (cf. Jn 15,16). La respuesta es siempre en libertad. Por eso nadie está excluido. Nadie. Solo aquellos que deciden autoexcluirse.

Queridos amigos, esto es la sinodalidad: más Cristo y más Iglesia. No como opción autorreferencial, nos recuerda insistentemente el Papa Francisco, sino para que el mundo tenga vida y la tenga abundante (cf. Jn 10,10). Gracias por vuestra implicación en este tiempo de esperanza. Ojalá sepamos abrirnos al riesgo del Espíritu Santo, que nos saca de las rutinas y las falsas seguridades y nos comunica el dinamismo de la fe. Que es riesgo porque es vida.

Dios os bendiga siempre.

✠ Luis Marín de San Martín, O.S.A.

*Obispo titular de Suliana
Subsecretario de la Secretaría General del Sínodo*